

LA SERPIENTE DEL MONTE MARIMATIPU

Por *Diana Curry*

Rila y Guillermo, juntamente con sus padres, se sentaron a la mesa del desayuno en el comedor de su hogar de misioneros, en América del Sur. El padre abrió la Biblia y leyó un capítulo para el culto matutino: luego la familia se arrodilló para orar. Rila, Guillermo y la mamá oraron y luego oró el papá. En su oración él dijo:

"Querido Señor, protege especialmente a la familia en las diferentes formas en que viajará hoy".

-Papá, ¿por qué oraste por una protección especial para hoy? -preguntó

Rila después del culto, cuando comenzaron a desayunar.

-No sé, hija -respondió el papá-. Siempre oro para que Dios nos proteja.

-Me alegro de saber que Dios nos protege -dijo la madre con una sonrisa, mirando a su familia-. Esta mañana tengo que ir a la finca para ayudar allí.

Pasó entonces el tazón con la mermelada de guayaba.

Hijos, cuando terminen las tareas de la mañana, pueden jugar en el patio.

-Más tarde, esta mañana Estela vendrá, mamá. ¿Está bien? -preguntó Rila.

-Creo que sí. Estela es una niña buena. Espero que ella y sus padres pronto lleguen a ser miembros de nuestra iglesia.

En eso oyeron que alguien gritaba en los terrenos de la misión, y una persona que ayudaba con los trabajos de la casa entró corriendo al comedor.

-Los tigres. .. -dijo jadeante-. ¡Los tigres están atacando de nuevo! La familia sabía que los tigres de los cuales hablaba el hombre no eran los de piel rayada que se ven generalmente en los zoológicos, sino los manchados, llamados jaguares, que viven en la América del Sur. Desde hacía un tiempo esos animales habían estado atacando los gallineros y matando gallinas.

-¡Oh, no! -suspiró la mamá-. Si perdemos más gallinas no tendremos suficientes huevos para el gasto. Las necesitamos mucho. No siempre es fácil conseguir lo que uno necesita para comer, y los huevos nos han sido de gran ayuda.

--Creo que sería bueno que Uds. fueran al otro lado del río y juntaran algunos palos fuertes para hacer una cerca alrededor del gallinero -dijo el papá-. ¿Cómo llama la gente de aquí esos arbustos flexibles y espinosos que crecen al otro lado del río.

-Quishii -respondió Guillermo-. Yo sé donde hay muchos de esos.

-Entonces -dijo la madre mientras recogía los platos-, ésa será una buena forma de emplear la mañana, después de que terminen las tareas de la casa. Pueden cruzar el río en el bote. Estoy segura de que Estela y su hermano los acompañarán. Ellos también tienen algunas gallinas que proteger.



Estela llegó antes de que los chicos hubieran terminado sus tareas. Ella también estaba excitada por la noticia de los animales que habían atacado a las gallinas esa mañana. Cuando Rila le dijo lo que ella y Guillermo planeaban hacer, Estela corrió a su casa para llamar a su hermano e ir con ellos a juntar palos. Pronto los cuatro niños corrieron hacia el río y desataron el bote. Los dos muchachos se turnaban para remar mientras que las chicas conversaban y trataban de descubrir en la ribera los quishii verdes que, según Guillermo, crecían en abundancia de ese lado del río.

Cuando el bote llegó a la ribera, los cuatro se desperezaron.

-¿Dónde están esos árboles? -quiso saber Rila.

-Tendrán que trabajar para conseguirlos anunció Guillermo sonriendo-. ¡Vengan!

Y encabezó el grupo hacia la ladera del monte Marimatipu, que no es en realidad un monte, sino una colina escarpada.

-¿Tenemos que subir hasta allá? -preguntó de nuevo Rila.

-Allá es donde están los quishii, y hay muchos. Podemos atar los palos en manojos y hacerlos rociar por la ladera, hasta el río.

De modo que comenzaron a trepar por la ladera empinada. Y a veces, cuando trataban de hacer pie, se resbalaban.

Después de haber ascendido durante quince o veinte minutos, Guillermo los animó:

-Casi hemos llegado.

Rila miró hacia arriba y se extendió para asirse de una roca saliente que había cerca. Un escalofrío le corrió por el cuerpo. Allí había una enorme serpiente que la miraba. Su lengua ahorquillada se movía rápidamente. Rita pestañeó y se volvió para mirar a Estela que la seguía de cerca. Luego volvió a mirar la roca, pero en ella no había nada. Debió haber estado viendo visiones.

.Al llegar junto a la roca, Rita se detuvo para tomar aliento. El corazón todavía le latía con violencia.

Cuando Estela llegó al lado de su amiga, Rita comenzó de nuevo a ascender. Pero allí, en el sendero, estaba la serpiente, enrollada y lista para atacar. Rila gritó y se tomó de Estela. Las dos niñas dieron vuelta. En la premura perdieron pie, y cayeron rodando por la ladera de la montaña.

Unos muchachos indios que iban ascendiendo la ladera, atajaron a las niñas que bajaban resbalando, las cuales, casi sin aliento, contaron la historia de la serpiente. El grupo ascendió de nuevo por la ladera hasta donde se encontraban Guillermo y el hermano de Estela, que estaban muertos de risa por el espectáculo del rápido descenso de sus hermanas; pero cuando oyeron lo que había ocurrido, Guillermo comenzó a mirar a su alrededor cautelosamente. Finalmente vio la serpiente. Uno de los muchachos indios tenía un rifle con el cual hizo puntería y tiró. La serpiente cayó y se desenroscó. ¡Estaba muerta! Guillermo la extendió y la midió lo mejor que pudo. Tenía cuatro metros y medio de largo.

Uno de los muchachos indios sacudió la cabeza.

-¡Una serpiente muy mala! -dijo.

Mientras los cuatro niños juntaban los palos de quishii, comentaba el incidente de la serpiente. Luego emprendieron el regreso a la casa. Mientras cruzaban el río con el bote, Rita estaba sentada muy silenciosa. Pensaba en la oración de su padre: "Querido Señor, protege especialmente a la familia en las diferentes formas en que viajará hoy".